rra y de nuestro rey y señor..... y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: «Mirá cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor;» y parece ser, como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes."[1]

En los nuevos combates, "nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenian vivos á cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzman con ellos, y les hacian que les armasen las ballestas y les mostrasen cómo habian de tirar."[2]

Con su gloriosa victoria, los mexicanos recuperaron casi toda la parte de la ciudad ganada hasta entonces por los españoles; "cuanto habiamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron á abrir, y hicieron albarradas muy mas fuertes que de antes,"[3] "y llegaron á poner sus fuegos y velas de noche á dos tiros de ballesta de nuestro real."[4]

No se limitó á aquello Cuauhtemoc. Para atraer á las innumerables provincias que se habían aliado á Cortés, envióles mensajeros "á decir cómo habian habido mucha victoria y muerto muchos cristianos, y que muy presto nos acabarian;"[5] "que dejasen nuestra amistad y se viniesen á Méjico, y que si luego no lo dejaban, que les enviaria á destruir."[6]

Sin embargo, ninguna de las provincias requeridas respondió al llamamiento patriótico de Cuauhtemoc. Cierto es que los naturales de Malinalco, unidos á los de Cohuixco, empezaron á hostigar al señor de Cuauhnahuac, aliado de Cortés, quien envió en su auxilio, á Andrés de Tapia;[7] verdad es también que los naturales de Matlaltzinco osaron atacar á los otomíes, en cuyo socorro salieron mas de cien castellanos al mando de Sandoval, los cuales, después de matar á "mas de dos mil de los enemigos..... quemaron y robaron el pueblo (Matlaltzinco) en muy breve espacio."[8] Empero ambos movimientos no tuvieron trascendencia alguna: á los pocos días los naturales de Malinalco, Cohuixco y

1 Díaz del Castillo, 188[1 y 2].
2 Idem, 190[1].
3 Idem, 187[2].
4 Cortés, 235.
5 Loc. cit.
6 Díaz del Castillo, 187[2].
7 Cortés, 235-36.
8 Idem, 238-39.

Matlaltzinco "vinieron á nuestro real (dícenos Cortés)..... y ofreciéronse de servir muy bien; y así lo hicieron y han hecho hasta ahora."[1]

§ 30. Desaliento de los españoles.

Entretanto, los castellanos habían caído en profundo desaliento, y no osaban reanudar sus formales asaltos sobre México. Esta inacción desagradó mucho á los principales jefes de los aliados indígenas, á tal punto, que el general tlaxcalteca Chichimecatecuhtli, que "residia con toda su gente en el real de Pedro de Albarado..... (habla el propio Cortés) cómo via que por el desbarato pasado los españoles no peleaban como solian, determinó *sin ellos* de entrar él con su gente á combatir los de la ciudad. Dejando cuatrocientos flecheros de los suyos á una puente quitada de agua, bien peligrosa, que ganó á los de la ciudad, lo cual nunca acaecia sin ayuda nuestra, pasó adelante con los suyos, y con mucha grita, apellidando y nombrando á su provincia y señor, pelearon aquel dia muy reciamente, y hobo de una parte y otra muchos heridos y muertos; y los de la ciudad bien tenian creido que los tenian asidos, porque cómo es gente que al retraer, aunque sea sin victoria, sigue con mucha determinacion, pensaron que al pasar del agua, donde suele ser cierto el peligro, se habian de vengar muy bien dellos. E para este efecto y socorro Chichimecatecle habia dejado junto al paso del agua los cuatrocientos flecheros; y cómo ya se venian retrayendo, los de la ciudad cargaron sobre ellos muy de golpe, y los de Tascaltecal echáronse al agua, y con el favor de los flecheros pasaron; los enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, y aun bien espantados de la osadia que habia tenido Chichimecatecle."[2]

Como la hazaña del intrépido tlaxcalteca no fué bastante para levantar el decaído ánimo de los castellanns, don Carlos Ixtlilxochitl, "de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: «Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Albarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos, se les ha de acabar el basti-

1 240.
2 236-37.

mento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que ternán con la hambre y la sed?» Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos; y..... mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro real y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad; y como en aquella sazon los mejicanos estaba vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo."[1]

Con efecto, en lo sucesivo "siempre andaban dos bergantines de los que tenia Cortés en su real á dar caza á las canoas que metian agua y bastimentos, y cogian en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenia un sabor como de queso, y traian en los bergantines muchos indios presos."[2]

Aquella verdura nauseabunda era el único alimento de los mexica. Para apagar la sed "bebian agua salobre,"[3] porque ya no podían recoger agua dulce como antes. Su ánimo de bronce no se doblegaba empero. Aunque día á día caían á millares, víctimas del hambre, la sed, la peste ó la guerra, no por esto desfallecían los que en pié quedaban: aun no morían todos, y por lo mismo, la incomparable lucha podía continuar.

Para encubrir Cuauhtemoc sus pérdidas incalculables al enemigo, y hacerle creer que México seguía disponiendo de numerosos defensores, "hizo vestir á todas las mugeres de la ciudad con sus armas y rodelas y espadas en las manos y que luego de mañana se subiesen á las azoteas de todas las casas y que hiciesen ademanes de menosprecio,"[4] y "peleasen como hombres."[5] Aguilar nos dice asimismo: "armaronlas á todas y pusieronlas en las açoteas."[6]

Produjo excelente resultado la estratagema de Cuauhtemoc, pues nos confiesa el propio Aguilar que quedaron "espantados los Españoles de ver tanta gente de nuevo;"[7] así que, se apresuraron á solicitar la paz por medio de tres principales prisioneros "que no osaban

1 Díaz del Castillo, 189[1].
2 Idem, 190[1].
3 Idem, 190[2].
4 Durán, II, 61.
5 Dorantes de Carranza, M. S.
6 Aguilar, 21.
7 Loc. cit.

ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaria matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés y con promesas que les hizo y mantas que les dió, que fueron, y lo que les mandó que dijesen al Guatemuz es..... que él *por ser mancebo*..... no ha querido..... sino darnos guerra..... que ya ha visto tantas muertes..... que..... les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte *todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada dia nuevamente vienen mas contra ellos*..... que se les habian acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabia, é que tambien agua no la tenian."[1] Por segunda vez congrega Cuauhtemoc á todos sus capitanes y principales para que sean ellos quienes decidan acerca de la paz que se le propone; pídeles que "cada uno dellos diese..... su parecer..... que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentia. Y segun pareció, le dijeron: «Señor y nuestro gran señor, ya tenemos á tí por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en tí el reinado, pues *en todas tus cosas te has mostrado varon* y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro tio, el gran Montezuma, en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa é Cuyoacoan y Tacuba y de Talatcingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les ha hecho esclavos y señalando las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche ni de sus palabras; que *mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán*»..... (luego que hubo oído esta resolución Cuauhtemoc, que tan bien cuadraba á sus propios sentimientos, dijo á los suyos solemnemente para obligarles á combatir con esfuerzo supremo): «Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y *muramos todos peleando;* y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no, yo le mataré;» y allí todos prometieron de pelear noches y dias y morir en la defensa de su ciudad."[2]

1 Díaz del Castillo, 191[1].
2 Idem, 191[2].

Estaba esperando la respuesta Cortés, cuando "vienen tantos escuadrones de guerreros mejicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como *leones muy bravosos* venian á encontrar con nosotros, que en todo su seso creyeron de llevarnos de vencida..... y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que decian: «¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada dia demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida; por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres.»" [1]

Tristemente escarmentados los españoles, manteníanse ahora á la defensiva y procuraban la paz á toda costa, sin que en su porfía les detuvieran las rotundas negativas de los mejicanos. Así pues, volvió Cortés á mandar á dos principales prisioneros matlatzinca "á rogar á Guatemuz que viniese de paz é que le perdonaria todo lo pasado; y le envió á decir que el Rey nuestro señor le envió á decir ahora nuevamente que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le habia dado guerra ni entrado batallando.... y (el denodado monarca indígena) no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de Méjico." [2] Apenas dejaron la ciudad los mensajeros matlatzinca, "los mejicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto..... se vienen á nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra; y puesto que los heriamos y matábamos muchos dellos, paréceme que *deseaban morir peleando*, y entonces cuando mas recios andaban con nosotros pié con pié peleando, nos decian: «Tenitoz rey Castilla, Tenitoz Ajaca;» que quiere decir en su lengua: «¿Qué dirá el rey de Castilla? ¿Qué dirá ahora?» Y con estas palabras tirar vara y piedras y flechas, que cubrian el suelo y calzada." [3]

"Un Dia de estos llegó Cortés á vna Puente, dixoles, que era mejor la Paz, que la Guerra;" [4] "un viejo dellos allí á vista de todos sacó de su mochila muy despacio ciertas cosas que comió, por nos dar á entender que no tenian necesidad, porque nosotros les deciamos que allí se habian de morir de hambre." [5]

1 Idem, 191–92.
2 Idem, 192.[2]
3 Idem, 193.[1]
4 Herrera, III, 37.[2]
5 Cortés, 240.

No solo Cortés sino cualquier soldado español llegábase á una puente y desde allí entablaba conversación con los enemigos. Nos refiere así Herrera que "Rodrigo de Castañeda, que fue vno de los que aprendieron bien la Lengua Mexicana..... i traía vn Plumage á manera de los Indios (platicaba con los mexicanos)..... deciales gracias, i de esta manera los aseguraba, i de quando en quando encaraba su Ballesta, sin errar tiro, i asi mató muchos, hasta que le conocieron, i se apartaron de él, llamandole: Bellaco, Burlador, que los mataba con burlas, i no como Valeroso, sin engaño, ni traicion." [1] Difícil es concebir mayor felonía, tan vivamente opuesta á la severa rectitud é inflexible lealtad de los mexicanos.

Así las cosas, arribó á Veracruz "un navío de Juan Ponce de Leon, que habian desbaratado en la tierra ó isla Florida," [2] "y venian en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas." [3] Aparte de este refuerzo, los pueblos comarcanos continuaban aliándose á Cortés; dícenos éste: "*aquí á la redonda no teniamos tierra que no fuese en nuestro favor.*" [4]

Los lugares aliados no sólo suministraban á los castellanos incontable gente de guerra, sino que además les abastecían espléndidamente de cuantas cosas necesitaban; nos refiere, por ejemplo, Herrera, que Tlaxcala suministró entonces en un solo día á Alonso de Ojeda y á Juan Márquez, enviados de Cortés, "quince mil cargas de Maiz, i mil cargas de Gallinas, i trecientas de tasajos de Venados: llevaron los bienes de Xicotencatl, que estaban aplicados al Rei, en que havia cantidad de Oro, Plumages, Chalcutles, y mucha Ropa rica: treinta Mugeres, entre Hijas, Sobrinas, y Criadas." [5]

Con todo, no se atrevían aún los castellanos á volver formalmente sobre México. Bien sabían que la ciudad no podía recibir auxilio alguno, y que estaban ya consumidas las escasas provisiones allegadas en un principio; mas les constaba á la vez, por dolorosa experiencia, que los mexicanos, con su patriotismo acendrado, eran sobradamente capaces de llevar al cabo todos los prodigios de valor imaginables. La heroicidad era patrimonio común de todos los hijos de México, sin distinción de edades ni de sexos; lo mismo luchaban allí los guerreros vete-

1 Herrera, III, 41.[1 y 2]
2 Cortés, 240.
3 Díaz del Castillo, 193.[1]
4 240.
5 III, 39.[1]

ranos que los bisoños, que las mujeres y que los niños, que los ancianos y que los lisiados; dice Herrera: "Mientras peor iba á los Mexicanos, tanto mas peor fiaban, i crecia su rabia de tal suerte, que las Mugeres Viejas, barrian la tierra, i polvo de las Azoteas, i lo echaban sobre los Castellanos, para cegarlos: los Muchachos se atrevian á tirar Piedras, i Varas, diciendo las injurias que oían á sus Padres..... Los Mancos, i los Coxos, i los que no podian andar por las Azoteas, adereçaban piedras para tirar con las hondas, *no dexando nadie de quantos havia, que no se ocupase en algo, para la defensa.*" [1] Palabras dignas á fe de ser esculpidas en oro.

Acerca de las mujeres mexicanas, escribía Oviedo: "Muchas cosas acaescieron en este cerco, que entre otras generasciones estuvieran discantadas é tenidas en mucho, en especial de las mugeres de Temistitan, de quien ninguna mencion se ha fecho. É soy certificado que fué cosa maravillosa é para espantar ver la prontitud é constancia que tuvieron en servir á sus maridos, y en curar los heridos, y en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, y en otros officios para más que mugeres."[2]

§ 31. Reanuda Cortés los asaltos sobre México.

Aquella actitud de los mexicanos, sin ejemplo en la Historia, habría mantenido indefinidamente en su temeroso desaliento á los españoles, si don Fernando Ixtlilxochitl no hubiese dicho al fin "á Cortés que advirtiese que tenia vergüenza de lo poco que hacian; y que mirase que los españoles se apocaban; que le parecia que él (Ixtlilxochitl) entraria por aquellas calles y sus españoles detras, y como fuesen ganando casas las fuesen echando por el suelo y cegando acequias, si no fuese las necesarias para los bergantines y que con esto veria lo que pasaba." [3] La inactividad prolongada de los castellanos tenía que impacientar naturalmente á los aliados, deseosos de volver á sus pueblos y abandonados hogares; muestras de esta impaciencia había dado ya Chichimecatecuhtli al combatir á México él solo al frente de sus soldados tlaxcalteca.

Omitiendo Cortés el justo extrañamiento que le hizo Ixtlilxochitl,

1 III, 41.[1 y 2]
2 III, 517.[1]
3 Fragmentos, 148.

manifiesta: "yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y *con la mayor muestra y determinacion de morir que nunca generacion tuvo*, no sabia qué medio tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos..... viendo que el negocio pasaba desta manera, y que habia ya mas de cuarenta y cinco dias que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á los enemigos, y fué que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas dellas del un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hobiese toda la dilacion que se pudiese seguir. E para esto yo llamé á todos los señores y principales nuestros amigos, y díjeles lo que tenia acordado; por tanto, que hiciesen venir *mucha gente* de sus labradores, y trujesen sus coas, que son unos palos, de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de azada; y ellos me respondieron que así lo harian de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo." [1]

Sin dilación llegaron al real español "mas de cien mil (zapadores)," [2] con el cual refuerzo, y "concertado con nuestros amigos (habla Cortés) que por la tierra y por la mar los habiamos de ir á combatir, otro dia de mañana (20 de julio), después de haber oido misa, tomamos el camino para la ciudad; y en llegando al paso del agua y albarrada que estaba cabe las casas grandes de la plaza (acequia que corria de Oriente á Poniente y pasaba por el costado Sur del hoy Palacio Nacional), queriéndola combatir, los de la ciudad dijeron que estuviésemos quedos, que querian paz; y yo mandé á la gente que no pelease, y díjeles que viniese allí (esquina S.O. del Palacio Nacional) el señor de la ciudad á me hablar y que se daria órden en la paz; y con decirme que ya le habian ido á llamar, me detuvieron mas de una hora; porque *en la verdad ellos no habian gana de la paz*, y así lo mostraron, porque luego, estando nosotros quedos, nos comenzaron á tirar flechas y varas y piedras. E cómo yo vi esto, comenzamos á combatir el albarrada y ganámosla; y en entrando en la plaza, hallámosla toda sembrada de piedras grandes porque los caballos no pudiesen correr por ella, porque por lo firme estos son los que les hacen la guerra, y hallamos una calle cerrada con piedra seca y otra tambien llena de piedras, porque los caballos no pu-

1 240-41.
2 Ixtlilxochitl, I, 371.